

Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



Olympia

UN MUNDO
DE DOS SABORES

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica.

Con la llegada al equipo nacional, la vida de Olympia cambia completamente: está lejos de casa, de Ortzi y de sus amigos. Encima parece que una de las veteranas se la tiene jurada y para colmo no puede dejar de pensar en comida en un chalet en el que manda la báscula. ¿Cómo va a apañárselas? Por suerte, habrá sitio para nuevas amistades, ilusiones y muchísima gimnasia.

Y, además: consejos para mejorar la flexibilidad, y menús para llevar una buena alimentación ¡Todos los consejos de Almudena Cid!

Ellos forman mi nuevo entorno



OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. A sus doce años es una soñadora apasionada por la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.



LUCIA

Es muy dicharachera, siempre sonriente y una artista de las manualidades. Se convierte en la compañera inseparable de Olympia en su llegada al equipo nacional.



CRISTINA

Es una de las veteranas y compañera de cuarto de Olympia, no le va a poner las cosas fáciles durante su estancia en el equipo nacional.



MARIO

Gimnasta de primera, su dedicación es fruto de una tradición familiar y todo lo que ha conseguido como gimnasta ha sido gracias al trabajo diario.



CLARA

Es la mejor amiga de Cristina en el equipo nacional, y una excelente gimnasta. Siempre lleva los cascos puestos y la música a todo trapo.



Bajo la mirada de...

CARIÑO

Es el perro de Maya. Convive en el chalé con todas las gimnastas y tiene un olfato privilegiado para las chucherías y las travesuras: todo un radar canino.



MAYA

Es la seleccionadora de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.



Sin olvidarme de ellos

ORTZI DAVID MARTA CARMEN

La gimnasia ha alejado a Olympia de casa, pero aunque ya no vea a diario a sus amigos, siguen con ella.



Olympia apoyaba la cabeza en la ventanilla del coche. Había salido de Vitoria esa mañana, con una maleta y una mochila pequeña en la que Mina había metido a presión todo lo que ella se había empeñado en llevarse, y era un montón. «Que no te vas a una estación espacial, hija. Estoy casi segura de que en Madrid hay tiendas y hasta te podemos enviar algún paquete por Correos si te dejas algo que de verdad necesitas», se reía su madre cada vez que Oly le decía que era fundamental que guardase el chándal que le habían regalado los Reyes ese año, o los calentadores de lana negros con un hilo dorado que llevó el primer día de entrenamiento en el Club IVEF, o el maillot de fresa y nata que Pili les había ayudado a coser para el ejercicio de cinta, y que al final no había podido usar en el campeonato nacional, o...

—¡Se me han olvidado las punteras nuevas!

Tomás casi da un volantazo del susto: Oly se había echado hacia delante en el asiento y un poco más y le grita al oído. Mina ni se dio la vuelta.

—No se te han olvidado, van en la maleta.

Habían conectado el GPS, y su madre no le quitaba ojo, como si así pudiese evitar que el cacharro se volviese loco y de pronto los guiara a traición a Huelva.

Olympia resopló aliviada. Menos mal. Le hubiese fastidiado dejarse en casa el regalo de Ortzi; había sido de lo mejor de ese año, después de las paperas, lo del tobillo... Casi sin darse cuenta, se llevó la mano al pie derecho y lo movió en círculos. Nada. Ya no lo notaba, ni un pinchazo. Ese verano lo había trabajado mucho en Alcántara, con to-

dos los ejercicios que le dio Iratxe antes de despedirse de ella por vacaciones, un par de días después de que Maya, la seleccionadora nacional, le dijese que contaba con ella a partir de septiembre.

Desde su vuelta de Valladolid, todo le parecía irreal. Oly estaba muy ilusionada, tenía unas ganas locas de empezar los entrenamientos con la selección... pero a la vez le daba una pena horrible despedirse de sus amigos. Con la mejilla apoyada en el cristal, miraba sin ver el paisaje verde que pasaba delante de ella, y no podía dejar de pensar en la despedida.

Justo el día anterior, le habían montado una sorpresa en el pabellón del club. El gimnasio era una fiesta, incluso hicieron una merendola y el presidente de la Federación le entregó una placa en la que ponía: «LA FEDERACIÓN ALAVESA FELICITA A OLYMPIA POR SER ELEGIDA PARA LA SELECCIÓN NACIONAL DE GIMNASIA». Ella agradeció el gesto roja como un tomate, aunque de reojo miraba a su madre como diciendo «sabes que te la quedas tú, ¿no?».



A Oly no le gustaban las placas, ni siquiera las medallas, solo las copas. Cuando era pequeña, su padre tenía muchas de sus partidas al mus, era todo un campeón, y ella no paraba de decirle que algún día le gustaría llegar a tener tantas copas como él. No sabía que para cuando superara a su padre, las copas ya le importarían bien poco.

Durante la fiesta, Patricia, Irene, Isabel y Carmen no se habían separado de ella en ningún momento. No hacía ni

un año que se conocían, pero habían pasado por muchas cosas juntas (las tardes de entrenamiento, las risas en el vestuario, el diploma de conjuntos...) y las iba a echar de menos. Sobre todo a Carmen y su pompón blanco, que era lo primero que veía cada vez que la recogía en el autobús de línea que las llevaba al IVEF. Habría estado genial que las hubiesen seleccionado a las dos para seguir juntas en Madrid. O mejor, que las hubiesen seleccionado a las cinco.

Seguía preguntándose por qué unas llegaban al equipo nacional y otras no. Oly siempre vio en sus compañeras mucho talento y condiciones, y no entendía del todo en qué criterios se basaba la elección de la seleccionadora. Quizá Iratxe lo sabía, pero ella no tenía claro qué características suyas como gimnasta le habían podido gustar a Maya. Y si no lo sabía, ¿cómo iba a mejorarlas?

—Tú solo sé tú misma y sigue entrenando, Olympia —le había dicho Iratxe, un poquito emocionada.

—Eso, tú disfrútalo, Rusita —había añadido Rufino—. ¡Y no me llores!

Y ella iba a intentarlo, así que no lloró cuando les dijo adiós a Carmen y el resto, ni con Agurtzane, su primera entrenadora, que también había ido, ni siquiera cuando le dio un abrazo bien fuerte a Ortzi o cuando se despidió de Marta al llegar a casa, pero con David faltó poco.

Su amigo se la había jugado a base de bien, y se había presentado esa misma mañana en el portal, mientras Tomás iba a por el coche y Mina le daba a Miguel e Isra, los dos hermanos de Olympia, las últimas instrucciones sobre la comida de ese día, porque para la cena ya estarían de vuelta.

—Ya te vas, ¿eh?

Había aparecido con el pelo moreno despeinado y los cascots al cuello, como de costumbre. De pronto, Oly se sintió un poco tímida.

—Seguro que en un mes estoy de vuelta. Solo voy a probar.

—Venga ya, Oly —David había puesto los ojos en blanco.

—Solo me han seleccionado —se había defendido ella—. Lo mismo no me adapto. ¿Y si los entrenamientos son tan duros que no puedo aguantar? He oído que allí se entrena ocho horas diarias.

—Te lo dije: tenías que haberte dedicado al *curling*...

Los dos se habían reído, pero había sido una risa triste.

—Quién sabe, igual algún día me convierto en un gran DJ y tengo que ir a pinchar a Madrid, y me llevaría un disgusto si no estás allí —le había dicho su amigo intentando sobreponerse, al tiempo que le tendía una cartulina.



Era un dibujo a lápiz coloreado que había hecho él mismo: el principio del ejercicio de cuerda, justo cuando sorteaba al público para llegar a la pista del campeonato autonómico y pinchar su música de timbales. Oly había mirado el dibujo, y luego a su amigo, y luego el dibujo otra vez, con la boca abierta.

—Es uno de los mejores momentos que he pasado contigo. No te olvides de mí, ¿vale?

Y justo ahí fue cuando Olympia casi se olvida de que no iba a ponerse a llorar bajo ningún concepto. De puro milagro se las había arreglado para aguantar las lágrimas. A

punto de cumplir catorce años ya trataba de mostrar esa imagen de chica fuerte que acabaría forjándose como gimnasta. Estaba aprendiendo a contener sus emociones.



Al final se habían despedido entre risas, porque ni a David ni a ella les pegaba nada estar tan serios cuando se encontraban juntos y él enseguida había empezado a decir tonterías sobre lo que le esperaba a 360 kilómetros de distancia y lo que dejaba.

—Por fin voy a poder abrir una bolsa de patatas en el recreo sin tener que darte la mitad —le había picado, y se había ganado un golpe en el hombro—. ¡Au!

—¡Yo no hago eso!

—Años y años de sacrificio patatístico...

Tres horas después de aquello, Olympia soltó una risita en el asiento trasero. A su izquierda, los paisajes verdes habían dado paso a los altos edificios de la capital, y el calor se levantaba en ondas del asfalto. Ya casi habían llegado.



—¡Canillejas! ¡Que te la pasas, a la derecha!

—¡A la derecha, aita!

—¡Que te pasas la salida, Tomás!

«A. Cien. Metros. Coja la salida a la. Derecha», insistía la voz robótica.

—Pero si vamos paralelos —decía tan tranquilo el padre de Olympia, mientras su mujer, su hija y la señora del GPS voceaban a una.

—¡Que te metas! —le gritó Mina.

Tomás dio un volantazo y salieron por la desviación de la derecha que les llevaba directos al chalé de Canillejas donde vivirían todas las gimnastas, mientras Mina negaba, con las manos en la cabeza.

—Paralelos, paralelos... Anda que... ¡Tú lo has dicho! Este trasto sí que es para lellos —decía ella refiriendo al GPS—, y tú ni con esas. Llevaba la pobre mujer tres minu-

tos avisándote de que girases a la derecha, y ni caso. ¡Este hombre me quita la vidaaaa!

En el asiento de atrás, Olympia se reía: sus padres a menudo tenían situaciones de esas en el coche y le hacía gracia ver cómo su madre se ponía histérica y su padre se tomaba a broma sus despistes.

Cinco minutos después, los tres se bajaban del coche ante un precioso chalé adosado de dos plantas. De fondo, los ladridos de un perro les dieron la bienvenida al tiempo que se abría la puerta de entrada y la propia seleccionadora aparecía en el umbral. Olympia se quedó sin respiración al ver a Maya: ya no había vuelta atrás. Se quedó clavada al suelo, igual que la primera vez que vio a Iratxe ir hacia ella ante el pabellón del Club IVEF. Pero después se dijo que al final con Iratxe todo había salido bien, ¿por qué no podía ocurrir ahora lo mismo?

Cogió aire y entró en el chalé. En el vestíbulo había otras chicas acompañadas por sus padres.

—Bienvenidas —les estaba diciendo Maya con ese acento búlgaro que la caracterizaba, y con una amplia sonrisa que dejaba ver la separación entre las dos paletas—. Id subiendo las maletas a vuestra habitación mientras yo hablo con vuestros padres.

«¿A qué habitación?», se preguntó Olympia, pero las otras chicas no dijeron ni pío; debían de ser veteranas y se limitaron a ejecutar las órdenes. Parecía que el entrenamiento empezaba desde ya.

Miró a su madre y Mina se encogió de hombros y le hizo un gesto con la barbilla hacia las escaleras antes de que la seleccionadora los invitase a entrar a un cuarto y cerrase tras ellos la puerta. Seguramente iba a ponerlos al día de normativas y del plan del año para sus hijas. A Olympia le hubiese gustado oírlo. Inspiró hondo y agarró el asa de su maleta, que pesaba como si hubiese traído el armario. Igual sí que se había pasado un poco con tanta cosa... *Cuando*

tenga que volver a hacerla yo, no me va a entrar todo ni de broma, pensaba mientras intentaba subir el primer escalón.

—Yo te ayudo —una chica de su misma edad, castaña y con cara de ardilla, apareció en lo alto del tramo de escaleras, lo bajó en un visto y no visto y agarró la maleta—. Eres Olympia, ¿verdad?

—Sí —¿cómo lo sabía?



—Yo soy Lucía. Estamos en la misma habitación, con dos veteranas. Nos tocan las camas de arriba de la litera —dijo mientras doblaban el recodo del primer descansillo.

—¿En literas? ¡Genial!

Le recordaba a cuando se fue con su clase de excursión una semana a la Isla de los Conejos, que era como llamaban a la isla de Zuaza. Se lo pasaron fenomenal.

—Sí, el primer día mola. El segundo, después de un entrenamiento, ya te digo que no te va a gustar tanto... Cuando seamos veteranas, estaremos en las de abajo —contestó Lucía como si ese fuera uno de sus sueños.

Ella había llegado a la selección a la vuelta de las pasadas Navidades, justo cuando tendría que haberse incorporado Olympia si sus padres no hubiesen decidido aplazarlo. En total vivirían allí diez chicas: las cuatro de individual y seis de conjunto (una más que en el IVEF, porque había una suplente). Lucía le explicó que las chicas del conjunto dormían en la planta de abajo, donde estaban también el salón, el comedor y la cocina, y que las dos veteranas de individual —Clara y Cristina— y ellas dos dormían ahí arriba, puerta con puerta con la suite de la seleccionadora.

—Es un rollo tenerla justo al lado —le dijo según llegaban a una habitación de tamaño mediano, con las dos literas pegadas la una a la otra en mitad de la habitación, dos armarios empotrados que dejaban el espacio justo para abrir la puerta, dos pupitres para hacer los deberes, y una ventana que daba al aparcamiento.

Soltaron la maleta a los pies de la litera de la izquierda. Las cabeceras estaban llenas de fotos de familiares; en las paredes, pósters de competiciones internacionales.

—¿Te has traído ropa limpia para tres meses, o qué? —le preguntó Lucía al tiempo que se frotaba la palma de la mano; se le había puesto roja—. En realidad no hacía falta, aquí hay lavandería, ¿sabes?

Por lo visto, la lavandería estaba abajo, y ellas lo único que tendrían que hacer era bajar al sótano a recoger la ropa ya limpia y planchada. Era la hermana de Maya quien se encargaba de todo eso.

—Pero entonces, además de vivir con la entrenadora, ¿también vivimos con su hermana?

Lucía asintió con la cabeza.

—Y con su marido, que es el que nos lleva todos los días al colegio y a entrenar.

¿No tendrían que ir en autobús? ¿Y les daban toda la ropa lista? Estaba alucinando. Iba a preguntar más cosas cuando les llegó un grito del piso de abajo:

—¡Olympiaaaaa! ¡Lucíaaaaa! —las llamaba Maya.